Fragmento sobre la conciencia y el infinito

Isaac Wladimir
11 de julio de 2026 — Nueva York / Nueva Jersey

La conciencia está en la experiencia del alma. No es una cualidad de la mente, como suelen afirmar los hombres, sino una intención independiente del ser, una propiedad que pertenece a la materia misma del universo.

A veces creo percibir la conciencia de las estructuras inertes: almas inmóviles y, sin embargo, tan vibrantes que llegan a sobrecogerme. Ignoro si esa percepción es una revelación o un error de los sentidos; sospecho que ambas cosas pueden ser idénticas.

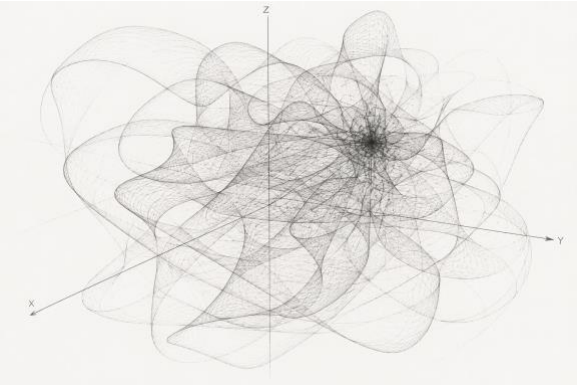
Creo haber entendido el concepto del infinito. Cuando observo la naturaleza de la realidad, me asombra que el universo necesite distancias inverosímiles: regiones tan remotas que sus estrellas ya han muerto; mundos acaso iguales al nuestro que sucumbieron al polvo hace miles de millones de años. Después contemplo los objetos de mi cuarto y puedo contraponer la infinitud de la eternidad a cada pequeña pelusa que forma el tejido de mi cubrecama. Comprendo entonces algo sencillo y terrible: la vida es posible porque existen esas estructuras infinitesimales.

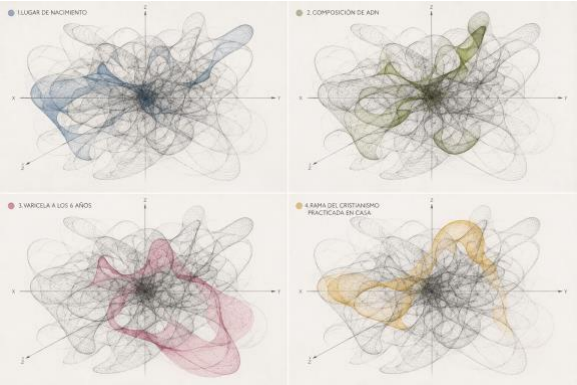
Un universo limitado —o apenas más limitado que este— sería una imposibilidad para la conciencia. Ese estado del alma al que llamamos conciencia solo me resulta concebible porque, en una región inconmensurable, una galaxia colisiona con otra; porque los átomos, obedeciendo a una magia que llamamos física, se congregaron en cantidades atroces.

Si mi conciencia solo puede existir dentro de esta construcción bellísima y tremenda, debo inferir que el universo fue dispuesto para que yo pudiera experimentarme de una manera limitada.

No digo que haya sido creado para mí. Esa afirmación sería trivialmente soberbia. Digo algo acaso más extraño: que mi existencia exige la totalidad del universo; que para producir este instante fueron necesarias todas las estrellas muertas, todas las distancias y todos los siglos. El más ínfimo pensamiento presupone el infinito.

Podemos imaginar un sistema de tres ejes. En su interior se extienden innumerables realidades, cada una con límites y formas que no coinciden con las demás. Yo coexisto en la intersección de esas infinitas posibilidades.





Mi limitación natural consiste en habitar la proyección tridimensional de todas las realidades que concurren en mí. Aquello que llamo *cuerpo* no sería una sustancia aislada, sino la pequeña región donde esas realidades se superponen. El cuerpo es el nombre que damos a esa coincidencia.

El carácter de la física es abrumador. Sin embargo, solo esa cualidad abominable del infinito me permite existir dentro de una caja pequeña. Soy el resultado local de una inmensidad que no puedo abarcar; soy una prisión construida por aquello que no tiene límites.

De esto infiero que no es posible vivir en una simulación. Una simulación puede reproducir formas, sucesos, memorias e incluso la ilusión de una conciencia; pero no puede contener la eternidad, porque aquello que contiene ya impone un límite. La eternidad no puede ser simulada: tendría que ocurrir verdaderamente.

Y si la eternidad es indispensable para la conciencia humana, entonces cada conciencia, por fugaz que sea, constituye una prueba secreta de lo infinito.